

adelantar dos ó tres pasos para recibirlas; mas lo que si es preciso que sepas es que también debes levantarte cuando entren caballeros, que siempre serán algunos amigos de tu padre, y por lo mismo de edad respetable; la moda de recibir sentadas á las personas del sexo fuerte pasó ya; á los caballeros se les espera, sin embargo, sin moverse del asiento, y sólo al llegar á saludarte es cuando te has de levantar; si es un anciano, le acompañarás, dándole la derecha, hasta la puerta del salón; con las damas llegarás hasta el recibimiento, á no ser que en el salón queden otras personas, en cuyo caso llegarás solamente hasta la puerta, y Octavia seguirá despidiéndolas hasta el recibimiento, volviendo tú con las demás gentes.

Que haya siempre en la antesala un criado ó criada pronto á abrir la puerta cuando alguna persona se retire, y por si se ha distraído ó dejado su sitio, tira del cordón de la campanilla en cuanto alguna persona de las que estén de visita dé la primera señal de marcharse.

Será de muy buen gusto el que acostumbres á Octavia á ocuparse en algún lindo trabajo de aguja los días de recepción; una niña

de su edad, sentada cerca del balcón y trabajando en una obra de tapicería ó de crochet, es un espectáculo muy dulce á los ojos; yo he visto niñas y jovencitas en el salón de sus madres ocupadas en escribir sobre un lindo pupitre, colocado sobre una mesa del salón; dejaban la pluma y se levantaban, acercándose á saludar cada vez que se retiraba una visita.

En cuanto á la conversación, Julia mia, debe ser sostenida por ti; los días de recepción, en que tu padre pueda acompañarte, hallarás un gran alivio, pues él atenderá á los individuos del sexo fuerte; mas tú, en todo caso, debes ocuparte de las señoras, hablar de lo que creas que le es á cada una más agradable, y ser para todas igualmente agradable, cordial, benévola y expresiva.

En ninguna parte como en tu casa debes procurar obscurecer tu propio mérito para hacer brillar el de las demás; en ninguna parte debes hablar menos de ti; el gran arte del trato social, el gran secreto para tener gente, para obtener simpatías, es saber conseguir que cada uno de los que van se halle tan complacido y tan bien como si estuviera en su propia casa.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN  
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA  
"ALFONSO REYES"  
1625 MONTERREY, MEXICO

Sólo en un caso debes hacer distinción entre las personas que te visiten: esta acepción debe ser en favor de algún ser tímido, humilde y desgraciado, si se halla entre tus visitas; hacia aquél deben dirigirse tus atenciones y cuidados; procura hacerle salir de su obscuridad, animarle, hacer saber lo que haya en él de bueno ó de notable; y, sobre todo, si ese ser humilde y desdeñado es una mujer, entonces, Julia, procura por todos los medios que tu sensibilidad te sugiera levantarlo á los ojos de todos y á los suyos mismos, y sé su dulce protectora.

La caridad, hija mía, no consiste sólo en dar una limosna material; hay otra caridad moral que no menos meritoria ni menos santa, y que Dios bendice desde el cielo.

Esta misma caridad te ha de obligar también á no alimentar la murmuración en tu casa; no hay nada de tan mal gusto: una mujer muy espiritual ha dicho que *en toda murmuración hay algo que trasciende á cocina y á antecámara*; y es verdad: toda persona distinguida, repugna ese vicio vulgar y grosero como ninguno.

Cuando hablen mal delante de ti de algún ausente, procura defenderle con dulzura; y si

no puedes, cállate y protesta con tu silencio de la denigración ajena: en cuanto te sea posible cambia la conversación, hablando de cosas de interés general.

En una palabra, hija mía, en tu casa ten el talento de respetarlo todo, de considerar á todos, de excusarlo todo: sé amable y serás amada; la suavidad y la dulzura no están reñidas con la elegancia y el buen tono, sino que no hay buen tono posible sin estas cualidades preciosas.

FELICIA.

## X

Me hablas, mi querida Julia, del próximo viaje que vas á emprender, con tu opulenta tía, que ha llegado de la Habana, y ha ido á abrazar á tu buen padre, que es su hermano mayor.

Ya te veo loca de alegría, porque este sentimiento se trasluce en cada línea de tu carta, y que yo comprendo bien, porque leo en el fondo de tu alma ingenua y leal, todas las impresiones, ya dulces, ya tristes, que se graban en ella.

A lo menos temporalmente, vas á pasar des-

de una modesta medianía á una grande y repentina opulencia, pues la fortuna que tu tía heredó de su esposo es inmensa, en tanto que tu padre jamás ha pasado de una posición regular. Pero yo estoy cierta de que mi querida Julia sabrá tener moderación, así en la prosperidad como en la desgracia, y conozco demasiado su corazón para temer que se enfrie en él la llama sagrada del amor que profesa á su padre, á sus hermanos y á su tierna amiga, y madrina.

Voy ahora á darte reglas generales para el modo con que te has de conducir en los viajes, pues tu tía, que es una persona distinguida y que ha vivido durante algunos años en las cortes más ilustradas de Europa, podría extrañarse de que tu modo de producirte fuese torpe ó desdijese de las reglas de la buena educación y del buen gusto; ciertas advertencias son además precisas, á fin de que la libertad de los viajes no nos lleve fuera de las conveniencias sociales.

El traje, en primer lugar, debe ser sencillo, aunque elegante: siendo tu tía la que se encarga de este cuidado, nada hay que advertirte, sino que por tu parte no le añadas pendientes vistosos, sortijas, ni ninguna de esas alhajas,

muy propias de un salón, pero muy fuera de su lugar cuando se va en vagón ó en un vapor correo.

Te advierto, que sea cualquiera la amabilidad de las personas que te halles en los carruajes, no tengas con ellas mucha conversación, y que hagas uso en lo que hables de la más grande circunspección: si viajas con señoras de edad, procura demostrarles atenciones, ya sea cediéndoles un buen sitio, ya bajando ó subiendo los cristales, según su deseo, ya desembarazándolas de un paquete que les moleste; pero todo esto, lo repití, sin provocar conversación.

Responde política, pero sobriamente, si te hablan, y trata de aislarte en la lectura de un libro, que debe ser uno de los primeros objetos que coloques en tu cabás de viaje; si hablas algún rato con tu tía, y ésta es atención que la debes, que no sea más que de cosas indiferentes, y sin levantar la voz, para no poner á todos los habitantes del carruaje en la confidencia de los negocios de tu familia; sé reservada allí como en todas partes, y más allí que en parte alguna. Sin embargo, como la reserva no excluye la cortesía, despídete de tus compañeros de viaje por un saludo, y si

has hablado algo con ellos, con una palabra de cortesía.

En la mesa redonda de las fondas y hoteles, no te muestres demasiado difícil, y sobre todo, no te burles en presencia de los habitantes del país, de sus costumbres. En Alemania te servirán las aves sobre un lecho de mermelada; en Inglaterra, te presentarán en el mismo plato el jamón y los pollos; la cocina, toda aderezada con aceite del Mediodía, es probable que te disguste; pero deja tranquilamente en el plato lo que no convenga á tus gustos, y no atraigas la atención por exclamaciones imprudentes.

En la mesa redonda evita la conversación con los extranjeros; te recomiendo, sobre todo, esta prudencia si vas á baños de mar ó á tomar aguas, porque entonces estás expuesta á encontrar diariamente á gentes que no conoces, cuyos antecedentes pueden convenirte poco; está, pues, sobre aviso, y no des ningún pretexto á la familiaridad ó larga conversación.

No elogies demasiado tu país en presencia de los extranjeros; sólo conseguirás herir sus sentimientos, sin hacer triunfar tus opiniones; aprovecha más bien la ocasión de un viaje

para instruirte, preguntando á las gentes del país que visites y tratando de aprender algo de la geografía, la historia y las costumbres de los países extranjeros; haciendo esto, serás agradable á las personas que trates, y sacarás de tus viajes un sólido provecho.

Viajando con tu tia, hallarás de continuo la ocasión de practicar esa complacencia, que no es otra que la abnegación de si mismo; es preciso, por cariño y por respeto, ceder á sus gustos, seguir su dirección, y más de una vez comprenderás la verdad del viejo proverbio; *quien tiene compañero, tiene señor.*

Procura hacer de buena gana esos pequeños beneficios; sé útil á los demás y no seas incómoda á nadie; como algunas veces se pierden muchas horas en los viajes, es útil y cómodo á la vez el llevar consigo algunos libros y una labor fácil, tal como un crochet, una tapicería, y el proveerse de todo lo necesario para escribir, porque aun las mejores fondas están muy desprovistas de esos objetos.

A la vuelta del viaje no impongas muy de continuo á tus amigas la obligación de escuchar tus peregrinaciones; no fatigues sus oídos con narraciones largas, y sobre todo, no

hagas alarde de un aire francés, inglés ó alemán, porque hayas visitado París, Londres ó las orillas del Rhin.

Añadiré aquí una recomendación más grave: que los placeres y las distracciones del viaje no te hagan jamás perder de vista tus deberes de buena cristiana; observa, hija mía, el santo día del domingo, las abstinencias del viernes, las oraciones de mañana y noche, y que ni la distracción ni el respeto humano te hagan olvidar nada de lo que debes á tu Dios y Criador.

En las estaciones de baños ó de campo que por ser los meses de estio habrás de hacer, no quieras parecerte á esas viajeras insoportables, á las que todo molesta y fatiga; á estas desgraciadas, el subir una montañita les causa palpitaciones; el bajar una colina les espanta; el borde de una cascada les causa vértigos.

Si hay que pasar un túnel ó una bóveda, se sofocan y se sienten morir; la tempestad les altera los nervios, la lluvia les da dolor de muelas, el polvo les causa dolor en los ojos, el suelo les lastima los pies; estas mujeres son insoportables, y se huye de su trato con el mismo empeño que se pone en buscar el de

una joven sufrida, amable, atenta, de apacible humor, y que se ve complaciente con todos.

FELICIA.

## XI

Me avisas, querida Julia, tu llegada á Londres con tu tía, y la admiración que has sentido á la vista de la gran metrópoli. No fué menor la mía, y puedo asegurarte que esta inmensa ciudad me pareció obra de titanes más bien que de hombres.

Supuesto que has de pasar algún tiempo en la capital de Inglaterra, ó más bien, en un hermoso castillo campestre,—*manoir*, como dicen ahí—, de las inmediaciones de Londres; aprovecha, hija mía, este período de sosiego para dibujar las más bellas vistas de Richmond, que en otro tiempo fué residencia de la prudente, reflexiva y bondadosa Ana de Cleves, esposa repudiada del Rey de Inglaterra Enrique VIII, de sangrienta memoria; hazlo así, y cuando regreses á tu patria, cada página de álbum de tus viajes dibujada al lápiz, podrá convertirse en un magnífico cuadro que te dará honra y provecho.—Esta idea que

te expreso, me sugiere otras que te remito como un afectuoso consejo.

En el siglo en que vivimos, en este siglo en que todo está inseguro, como sucede con los castillos de naipes que forma la mano inocente de los niños, y que un soplo derriba, es preciso, aunque se posea una buena fortuna ó esperanzas de obtenerla, aprender alguna cosa útil que nos ponga al abrigo con su producto de las primeras necesidades de la vida.

De la pobreza á la miseria hay un abismo; y fuerza es decirlo: si la pobreza es inevitable, la miseria se puede evitar casi siempre; por esta razón, la pobreza es respetable y la miseria es repulsiva.

Pobreza es el poseer solamente los medios para atender con toda economía posible, y á costa de un trabajo constante y honrado, á las más urgentes necesidades de una existencia modesta.

Miseria es el carecer de todo, y el tener que deberlo todo á la munificencia ajena.

Librete la divina providencia de este deplorable estado, hija mía, y precávetes de llegar á él, dedicándote á saber con perfección alguna cosa que puedas enseñar.

Todos los padres debían examinar por sí

mismos ó hacer examinar por persona competente las disposiciones de sus hijas y darles la instrucción en cualquiera de los ramos del saber humano que estuviera más acorde con estas disposiciones.

Por ejemplo, si una niña tiene afición y talento para la música, se la debiera dedicar á ella; si manifiesta vocación á la pintura, debiera procurarse hacer de ella una artista, cuyos cuadros dieran gloria á su nombre y á su patria; y, en fin, para aquellas cuyas disposiciones intelectuales no fuesen muy brillantes ni muy sobresalientes, quedan los idiomas, estudios casi necesarios, que de aprender con perfección á lo menos dos, pueden servir para adquirir una existencia honrosa, ya con la enseñanza, ya con la traducción de obras escogidas.

Una mujer que posea cualquiera de los tres elementos de vida mencionados, no tiene que temer á la miseria, aunque esté sujeta á una modesta medianía, y algunas veces á una honrada pobreza.

Cultiva, pues, hija mía, no sólo la música, que amas con pasión, sino también la pintura, para la que tienes las más dichosas disposiciones, y en la que puedes hacer rápidos progre-

sos en tus viajes, ya estudiando los buenos maestros, ya copiando bellas y variadas vistas.

En Alemania, en Inglaterra, en Francia, el cargo de institutriz es uno de los mejor retribuidos. En España empieza también á estimarse y á conocerse su utilidad, y además, la joven que no puede ser institutriz puede ser aya, que es otro modo decoroso de ganarse la vida.

Como se suele confundir el cargo de institutriz con el de aya, voy á demostrarte la gran diferencia que entre ambos existe.

Institutriz, es la persona que se encarga por completo, no sólo de la *educación*, sino también de la *instrucción* de una niña, porque educación é instrucción son también dos cosas distintas y enteramente separadas la una de la otra.

La institutriz ahorra todos los maestros, enseña á sus educandas la música, los idiomas, el dibujo, y además la religión, la moral, la historia, la geografía y todas las labores de nuestro sexo: pule y embellece el espíritu y cultiva el corazón; la institutriz debe saber elegir las lecturas de sus educandas, y raciocinar con ellas acerca de todo lo que leen: debe enseñarles, á la par que la suave y dulce mo-

destia de las costumbres, las gracias seductoras del buen tono.

Aparte de la artista que en su agradable y cómoda casa gana su vida independiente, no conozco, hija mía, un destino más bello y más digno para la mujer que el cargo de institutriz: ¡educar jóvenes corazones, formarlos para la virtud, ilustrar y desenvolver las gracias de los espíritus cándidos é infantiles!, ¡qué misión tan adorable, tan bella, tan meritoria á los ojos de Dios y de la sociedad!, ¡qué dulce manera de aliar lo bueno y lo bello!

El cargo de aya no es tan brillante, pero es también muy meritorio: el aya no evita los maestros; mas la primera educación, es decir, la sólida y saludable, está á su cargo, así como el acompañar á sus educandas; el aya enseña á leer y escribir, la gramática, la historia, la geografía, la moral, la aritmética y toda clase de labores de utilidad y adorno.

El aya, como la institutriz, lleva ceñida la frente de una aureola de virtud, de modestia, de intachable moralidad, que está anexa á su cargo, y sin la cual no podrían obtenerlo; cualquiera de estos dos destinos son honrosísimos para la mujer, y yo aconsejaría á todas las madres que pusieran á sus hijas en estado

de ejercerlos, lo que les daría, no sólo consideración social, sino medios seguros de vida.

No olvides, amada Julia, mis opiniones y mis consejos, acerca de este punto importante: oirás decir con frecuencia que todos los caminos de ganar la vida están cerrados para la mujer; esto no es exacto: lo que sucede es que las familias se afanan mucho por el porvenir de sus hijos varones; pero olvidan por completo el de sus pobres hijas.

Yo, Julia mía, pienso en el tuyo, como en el de mis sobrinitas, á las que procuro poner en aptitud de que se basten á sí mismas: haz tú lo mismo: estudia, aprende, observa, aprovecha el tiempo, que es el tesoro del pobre y del inteligente, y llegará un día en que serás, ó una artista llena de gloria, y acaso rica de los dones de la fortuna, ó podrás formar inteligencias superiores y corazones para la virtud.—¡Trabajo constante y esperanza en Dios! ¡He aquí las fuentes de donde nacen la dicha y la prosperidad de la mujer digna y laboriosa!

FELICIA.

## XII

Sólo cuando se posee una razón muy sana y un entendimiento muy claro es cuando se pueden preferir las personas que nos cuentan el número de nuestros defectos, y nos los corrigen, á las que nos adulan, y nos dan siempre la razón.

Tú posees en grado eminente aquellas dos nobles cualidades del espíritu, mi querida Julia; porque, á pesar de mis severas apreciaciones de casi todas las cosas de la vida, me amas y me lo pruebas siguiendo en todo mis consejos. La docilidad y la blandura de carácter son dos cosas tan buenas y tan bellas en la mujer, que por sí solas la pueden hacer amable y querida de todos, y por lo mismo casi dichosa.

Y cuando estas hermosas cualidades se ven en una joven, parecen como el complemento del encanto que le presta esa edad dichosa en que la belleza moral y física son tan naturales como el perfume en la flor.

Veo por tu carta que sigues mis consejos y que has dibujado en tu cartera algunos paisajes de la soberbia Londres: me dices que su

grandeza te admira, pero que te es antipático el carácter serio, adusto y comercial de sus habitantes. Lo comprendo y así lo esperaba.

No puede un carácter débil y dulce como el tuyo, mi querida niña, simpatizar, sólo en el trato superficial, con el carácter inglés: como la sensitiva, te replegas al frío contacto de esas naturalezas heladas y severas; pero si en vez de permanecer en la capital del Reino Unido sólo algunas semanas, pasaras en él algunos años, conocerías las bellezas de ese carácter que hoy te parece adusto, insoponible.

Los ingleses quieren *ser* y no *parecer*; á su altivez nativa, importan poco los goces de la vanidad, que les son casi totalmente desconocidos; muy contrarios en todo á los franceses (á los que odian cordialmente, por más que digan), todo lo que es farsa y mentira les parece odioso y antipático.

Lo que recomienda sobre todo á los ingleses al aprecio de las demás naciones, es su amor á la casa y á la familia; yo deseo, mi querida Julia, que el esposo que elijas se parezca á un inglés en muchas condiciones, y en ésta sobre todo; porque es una de las mayores garantías de dicha para la mujer el que

su marido se halle bien en su casa y no necesite las distracciones de las ajenas.

Los países, como las personas, tienen su lado bueno, aunque tengan algunos malos; ¿qué hay en la humanidad sin su grano de oro? Todo consiste en saber hallar la preciosa semilla y en saber aprovecharla.

Aprende de las damas inglesas una de las cualidades más notables en ellas; la sencillez y sobriedad en los trajes, lo que no excluye en ellas la distinción y la elegancia.

Apenas habrá una inglesa que cuente más de dos vestidos: el de ceremonia, de seda negro, tan rico como se quiera, y el de fatiga, que es siempre gris y de tela modesta.

Esta ausencia de vanidad y de coquetería hace que haya mucho calor en sus corazones y que sean buenas esposas y excelentes madres. ¿No has visto los parques que hay en el centro de la gran metrópoli llenos de niños, vigilados de cerca por sus jóvenes y bellas madres? ¿No has reparado en lo esmerado y elegante de los trajes de las criaturas alegres, rosadas, juguetonas, como los cervatillos?

Yo sé que habrás disfrutado con delicia de esta vista encantadora y que no tardaremos

en ver la prueba en algunos de tus cuadros cuando vuelvas á tu patria.

¡Y bien claramente descubro en tu carta, mi amada Julia, tu deseo de volver á España! El suelo nativo tiene atracciones indefinibles, y jamás es la dicha completa fuera de él, á no ser que se lleven consigo grandes elementos de dicha al dejarle.

Más que tú, desean tu regreso tu buen padre y tus hermanos: he aquí la dicha de ser buena; para tu padre constituyes la más dulce, la más amable compañía; tus hermanos te aman como á una amiga, y ambos desean oír tu grato acento que les dirige por el camino del bien.

—«Parece que está la casa desierta», dice Octavia en su última carta.

Y Fernando añade más abajo:

«Mi querida señora, todo va mal desde que Julia falta, y hasta papá tiene mal humor, por los muchos y varios cuidados que ahora tiene á su cargo.»

Eres, pues, esperada y deseada, mi querida Julia, que es la dicha mayor á que pueda aspirar una mujer: *ser necesaria*, y á ser posible, *irremplazable*; este es el bello ideal á que debe aspirar nuestro sexo, así en el orden moral, es

decir, en lo que toca á los afectos del corazón, como en el material, ó sea en lo que se relaciona con los objetos exteriores de la vida, con la necesidad de ganar dinero, con las habilidades y el trabajo.

¿Por qué causa son tan escasas las grandes pasiones? ¿Por qué muchos hombres, perdida su primera esposa, se casan otra y muchas más veces? Porque todas tenían más defectos que cualidades, porque en la vulgaridad, el cambiar es fácil, y hasta agradable.

No son los hombres tan versátiles, tan indiferentes para nuestro sexo en las naciones más civilizadas; el alemán *Vherter* no es una creación del gran talento de Goethe; en Alemania hay muchas *Carlotas* y muchas desesperaciones como las de aquel amante que entre nosotros pasa por un soñador ó por un tonto. ¡Tanto la ignorancia humana es afecta á rebajar lo que no puede comprender!

Sé por las cartas de tu tía á una amiga suya, que lo es mia también, lo contenta que se halla de tu compañía, y que va á hacer á tu padre la proposición de prohijarte para que un día heredes su inmenso caudal; sin embargo, creo que él rehusará, y más temo que

á ti te seduzca la perspectiva de una fortuna colosal, pues eres pobre.

Dime que no caerás en semejante tentación, mi querida Julia; el dinero proporciona goces, pero trae también infinitas contrariedades; yo he sido rica, y mi inolvidable hermana lo fué mucho más.—¡Cuántas veces, sentadas las dos en París, en su elegante y rico *budoir* lleno de estatuas, de dorados, de brocados y de encajes, me decía: «De todo lo que hay aquí sólo amo lo que no se compra ni se paga con ningún dinero: tu compañía, el orden simétrico y elegante que tú das á los objetos; la hermosa música alemana, ó más bien la ejecución que le damos á cuatro manos en el piano; y después de esto, lo que prefiero, lo que adoro, son las flores, los libros, mi labor, cosas todas que cuestan tan poco! ¿Qué sería este gabinete sin el calor de tu alma y de la mía, sin el recuerdo de mi marido, cuyo retrato me sonríe, sin las risas de mis hijos? ¡Un desierto lleno de tristeza!»

Acuérdate de estas palabras, y piensa que no es necesario ser rica para ser dichosa.

FELICIA.

### XIII

Madrid, 18...

He recibido tu carta, en la que me anuncias haber emprendido tu vuelta á España, y después otra en la que me noticias tu feliz llegada á esa alegre aunque pequeña población que habitas: en las dos hay un tinte de melancolía que me ha llamado la atención y sobresaltado no poco.

¿Por qué estás triste, mi querida Julia? ¿Por qué ves todas las cosas bajo un aspecto sombrío? Ten entendido, que los misántropos que llegan á serlo á fuerza de sufrir, echan de menos la dulce amistad, la estimación ajena y la propia benevolencia para juzgar á los demás: creyéndose siempre ofendidos, faltos de fuerza moral para sobrellevar las contrariedades de la vida, se refugian en sí mismos, sin pensar en que la soledad sólo es soportable cuando la llena Dios con su santa presencia; cuando el pensamiento, aun no amargado, puede reposar en su misericordia divina.

En una mujer, la misantropía es un mal á